EL FÍGARO



Tomo I | SAN SALVADOR, JUEVES 11 DE OCTUBRE DE 1894 | Num. 1

REDACTORES:

ARTURO A. AMBROGI

VICTOR JEREZ

SECRETARIO DE REDACCION:

ANTONIO SOLÓRZANO.

OFICINA:

10ª Avenida Sur—Nº 93

"EL FIGARO"

Periódico literario.

Se repartirá todos los jueves por la mañana.
Valor de suscripción, por dos meses: 75 centavos.
Número suelto: un real
Centro-América y exterior: por semestre $
Los recibos de la capital se cobrarán después de vencido el primer mes del abono.
Se admiten avisos á precios convencionales.

La colaboración para "EL FÍGARO" será solicitada por la redacción.

SUMARIO

DE LA ESCARCELA

LAS PROMESAS DE "EL FIGARO"

De aquella tierra de la sal y del garbo, del rico atavío y del ingenio que se prodiga, de allá viene sonriente y triunfador, este mago admirable, que tiene una frase galante para vuestros ojos decidores, lectoras mías, y que como arroja capa y sombrero en homenaje á unos pies diminutos, así esgrime el arma en defensa de los fueros de la belleza, á la antigua usanza de los apuestos caballeros, que en noble lid rendían la vida por un capricho de su dama.

No viene triste por que sabe que será acogido con benevolencia, y á decir verdad ¿por qué recibir malhumoradas á quien hace derroche de gracia? ¿por qué cerrar el balcón á la onda perfumada que envía la gentil primavera?

En verdad os digo, que no es bueno dejar aquello que mantiene la vida en perenne ensueño.

Vivimos de algo como engaño, nuestros placeres son momentos robados al dolor y este pecado se borra con el agua, que os ofrece á la entrada de la iglesia el apuesto mozo que se queda esperando vuestra salida.

No sé quien dijo que es un engaño el color y que el perfume es otro engaño. Pero ¿qué más dá? Vale más el engaño que nos hace creer que en las dulces palabras de la novia viene su alma entera, que llegar á convencerse con Hamlet de que todo se reduce á ¡palabras, palabras!

Cuando pasa la bandada de las esperanzas y se van en tropel las ilusiones que forman la existencia, cuando se marchita la flor que nos envió la prometida y se borran del papel los reclamos tiernos ¿para qué sirve entonces la vida?

Tener experiencia es apagar el fuego del alma, y como queda ceniza la llevamos en nuestros cabellos.

Si "El Fígaro" ha de engañar su engaño, será el que mantenga el regocijo y el que por medio de clarín de plata llame á las fiestas de la elegancia, mientras repican las campanas de la alegría.

Presente estará en la iglesia, cuando vayais con vuestra corona de azahares á confirmar los juramentos que disteis llenas de emoción. Al

[illegible] la escalera de blanco mármol, os recibirá [illegible]do llegueis á su palacio en las fiestas de diciembre ó en los bailes del carnaval, y él será quien en las noches de enero á la blanca luz de la luna entonará su doliente serenata.

Figaro es peluquero, es médico y tiene humos de poeta, sabe por arte mágico muchas cosas, y ahí dirá cuánto sepa de modas y podrá decidir sobre cuál es el perfume más en boga, cuál el color más usado y de París una inteligente cronista le enviará las últimas noticias, y espirituales cuentistas satisfarán vuestros mas difíciles caprichos.

Como médico de fin de siglo tiene infinitos remedios para las enfermedades del corazón, en las cuales es especialista; y como poeta os ofrecerá deliciosas flores del ingenio americano, bellísimas narraciones de los cuentistas galos, baladas preciosas de las orillas del Rhin, relatos melancólicos de Noruega y maravillosas obras de arte de la soberbia escuela italiana.

Decidor viene Figaro y al animado rasguear de su guitarra huyen los lánguidos suspiros, para dejar libre espacio á la seguidilla galante y á la serrana melodiosa. Su divisa es esta: "El dia es para gozar y la noche para descansar."

Trae muchos recuerdos de aquel pedacito de cielo andaluz, de aquella alegre tierra donde tan temprano sale siempre el sol.

Con este lujo de promesas de seguro que "El Figaro" será bien recibido y muy solicitado, cuando se vea cómo sabe cumplir lo que ofrece.

Al saludaros, lectoras mías, el simpático personaje no arroja á vuestros pies el tradicional clavel; pero forma rica alfombra de odoríferos jazmines y de nevadas azucenas, entre los que lucen con primor corales de Erytrea y perlas de Ormuz.

LOHENGRIN.

ABANICO LUIS XV

Bajo las frondas de ideal Versalles
O en los boscajes de algún Trianón,
Entre floridas y angostas calles,
Triste y pausada cruza Manón.

Dan á su paso los brodequines
De altos tacones, blando oscilar,
Y su amplia falda de albos satines
Frú-frús y aromas deja al pasar.

Hacia el estanque va taciturna,
Donde á los rayos del áureo sol
Negros tritones vuelcan su urna
Y airados soplan su caracol.

.....En vano un lirio del vaso regio
Prendió en las blondas de su corsé,
Leyó los versos de un Florilegio
Y al clavicordio tocó el minué.

Nada ha calmado su torva fiebre,
Ni el blondo paje, ni el fiero halcón,
Ni la diadema donde el orfebre
Grabó los lises de su blasón.......

........Es que la hiere su enamorado
Y Manón llora su infiel desliz.......
¡Por eso triste se ha doblegado
Y palidece la flor de lis!.........

......Al dulce nido que los espera
Ya no irán juntos, llenos de amor,
En blasonada y azul litera,
De las antorchas al resplandor!

Y ya en la ojiva llena de esmaltes
Que orna el escudo noble y condal
No verán cómo los gerifaltes
Cazan al vuelo la garza real.......

Y Manón sueña.......Ramajes finos
Tienen arcadas de pastoral;
¡Nunca crearon los gobelinos
En sus tapices pastora igual!

Y en el estanque de tonos glaucos
Se irisa el chorro de un caracol.....
Y Manón sueña, bajo los saucos,
A los postreros rayos del Sol!

JOSÉ JUAN TABLADA.

Méjico.

MIENTRAS LLUEVE

PARA PEPE FIANSON.

EN LIMA.

Noche de invierno.

Un gabinete nupcial. Ambiente cálido. Un lecho blanco, que trasciende á azahar y á violeta de Parma, bajo un rico plafond de raso ocre. En una otomana, sentados y muy juntos, ella y él: la novia y el novio ...... Amor!.... .

Fuera: la lluvia cae á pequeños chorros; los carruajes ruedan pesadamente y salpican de lodo el asfalto de los andenes; el pillete trasnochado pasa ligero, bajo los aleros, al ras de las paredes, para librarse del chubasco, y canta á gritos su canción fastidiosa y de ritmo agrio como una aria en "sol" de la cigarra............ Anchas calles solitarias, llenas de fango, alumbradas débilmente por faroles de gas, que, entre la niebla espesa y el agua, parecen pobres candiles de pueblo.

Fuera: todo un paisaje mustio.

Dentro: el amor que triunfa.

Ella, adormecida sobre el hombro de él, ve, á través de un velo de ensueño, reproducidos unos cuadros tan bellos y tan recientes!

Cuatro días no más hace que un sacerdote les dió su bendición, y los unió para siempre. El templo estaba majestuoso, todo lleno de blancos

cortinajes, gasas celestes y guirnaldas de flores. El altar, radioso, lleno de ramos de rosas de thé y gajos de capullos de azahares nuevos. Un grupo de amigas y amigos los rodeaba. Bajo el velo blanco é impalpable, juntas las manos, oraban los dos, hincados en mullido reclinatorio, mientras el sacerdote mascullaba su evangelio y el monaguillo mecia el incensario cuyas espesas nubes de humo, se iban en caprichosa ronda, se difundían bajo la nave ancha, y luego se escapaban por las ventanillas ojivales.

Luego.......... El término de la ceremonia; la salida del templo del brazo de él, dichosa, radiante la faz bajo el velo, entre filas de amigas que le veían con ojos de envidia. Y la orquesta ejecutando á todo esplendor una regia marcha nupcial. Después: el baile enloquecedor, el agape suntuoso, el champagne que reía preso en leves copas bohemias, el murmullo fastidioso de las conversaciones, el olor mareante de las flores que, en profusión, había por todas partes, el *frù frú* de las caudas de seda al rosar la zofra, la nota negra y flamante de los fracs.

¡Oh, qué cuadros más deliciosos!

Pero, hay uno mejor. Le agrada mucho más que todos. Es de colorido más hechicero!

En la alcoba blanca, en los brazos del esposo apasionado. Besos violentos y sonoros, locas, caricias, latir presuroso de dos corazones, suspiros, voces quedas.... Eros bate sus alas diamantinas y ronda el lecho de los novios.

***

Y hoy....?

El, loco por ella, que es una virgen. Ella, aun más loca todavía por él, que es un hombrecito rubio, cariñoso y amante.

¡Que felicidad!

El, rodeándole la cintura:

—Julieta mía!

Y el beso se posa, como libélula inquieta, en los rojos labios, haciéndola despertar asustada y esfumarse, con rapidez, los cuadros pasionales en un denso fondo color de rosa.

ARTURO A. AMBROGI.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA

ANGELA AGUILAR

Ante el excelso triunfo de tu encanto
El labio calla, el pensamiento admira,
La mano queda inmóvil en la lira,
En la alma muere, de impotencia, el canto.

¿Quién osará decir tu gentileza?
¿Dó el verbo está que tu beldad requiere,
Si en la alma el canto, de impotencia, muere
Ante tu regia pompa de belleza?

Nada diré—¿Qué extraño que no pueda,
Si el atreverse, aquí fuera desvío?
Mientras te admira el pensamiento mío,
Mi mano inmóvil en la lira queda.

ISAÍAS GAMBOA.

San Salvador,—septiembre de 1894.

En el carretón

(FANTASIA NEGRA)

A Francisco Gamboa.

PARA "EL FÍGARO"

I.—Me creyeron muerto, y como yo soy un pobre diablo de estudiante, el carro de los muertos paupérrimos me recogió para llevarme al cementerio. Yo había bebido mucho agenjo en la taberna; y Karl, mi rival sin dicha, que también había bebido como yo, quizo jugarme á los dados á mi amada, cuyo amor ambicionaba, contra su querida, una rubia pálida y anémica que tenía toda el alma concentrada en unos ojos luminosos. Oh! no—le dije—Silvia, tu amada, no es tan bella como mi novia ideal: la Luna; esta es pálida como Silvia, pero no es como ella tísica y clorótica. Karl se irritó; arrojó su capa sobre el mostrador y tomando un cuchillo vino hacia mí. Henry, el viejo Kauffman, nos enseñó ayer en la clínica á hacer la trasfusión de la sangre.......... Necesito la tuya para que la beba mi Silvia y los lirios de sus mejillas se conviertan rosas. ¡Defiéndete!—y luchamos tambaleándonos de embriaguez. Herí dos veces á Karl pero caí de una feroz puñalada que recibí en el hombro. Después no sé lo que pasó..........ni cuánto tiempo trascurrió; me creyeron muerto y como era un pobre diablo de estudiante sin familia, el carretón de los muertos paupérrimos me engulló.

II.—Abrí los ojos y todo estaba oscuro. Y la carreta rodaba escandalosamente por las calles. Los labios fríos y viscosos de un muerto me besaban, y mis manos, en las rudas sacudidas del carro, acariciaban el vientre abierto de otro. Estaba entre mis vasallos, entre los muertos mis antiguos amigos del anfiteatro á quienes descoyuntaba los huesos, abría las arterias y arrancaba las bisceras en compañía de Karl y mi profesor, el viejo Kauffman.........

III.—La carreta rodaba y por las rendijas penetraban las miradas de los faroles que resbalaban rápidamente sobre la faz de mis compañeros, sobre sus miembros sajados y sangrientos, sobre cóndilos que asomaban por heridas abiertas,

sobre encéfalos que se desbordaban por los cráneos rotos, sobre el abceso reventado y purulento, sobre la dislocación monstruosa y luego venía á posarse un segundo sobre mi faz. El carretero gritaba:—¡Arre, arre!—y el carretón como endemoniado corría, corría á través de las calles.

IV.—Ya estábamos fuera de la ciudad. La carreta resbalaba sobre la tierra blanda y cesando el estrépito de su rodar sobre el empedrado pude escuchar á mis caros amigos los muertos que charlaban, cuchicheaban y reían. Un viejo, á quien la epilepsia mató, galanteaba á una ramera que había muerto de cáncer al pecho y que tenía aún asquerosamente húmeda la llaga que formara en su pecho el cauterio; un ladrón de caminos tenía una herida horrible en el vientre y abrazaba con ternura á un sacristán á quien el badajo de una esquila gigante abrió la cabeza en un desaforado repique de pascua............ Todos estaban entretenidos en su conversación y no me miraban ni se ocupaban de mí.

V.—Yo había estado preocupado pensando en mi novia: la Luna: ¡Oh la inconstante creyéndome muerto, acaso estaría prodigando sus besos azules en otra frente; acaso en la de Karl, mi rival, que quizo arrebatármela á los dados! El paso de la ciudad al campo me distrajo y fijó mi atención en mis acompañantes. Yo sabía el lenguaje de los muertos y entendí lo que hablaban. Me incorporé y busqué con quien charlar..........¿Sabéis á quien ví? A Rob, ese mocetón vestido de rojo que todos conocemos y que es aprendiz del verdugo titular. Estaba sin cabeza y la tenía en las manos.

VI.—Mi pobre Rob cuéntame porqué estás aquí?—le dije.—El mozo puso su cabeza sobre sus hombros y me miró azorado y agradecido............. Oh gracias, señor—me contestó en voz baja—sois el primero en hablarme.......todos éstos me desprecian por la razón de mi oficio.

VII.—Y me contó su historia. Amaba á la hija de su patrón y fué calurosamente correspondido. Sucedió lo que era natural........... Un día su amada amanecio muy pálida y ojerosa y sobre todo llena de vergüenza y angustia. Su padre que la amaba tiernamente creyó que su rubor era á causa de su condición infame y la dijo que yo tenía riquezas suficientes para halajarla y vestirla como una reina—que se irían á un país desconocido en donde algún príncipe bello y joven se prendaría de ella y la pediría. Padre—dijo ella haciendo un esfuerzo por sonreír—ya tengo yo mi príncipe que me ama y á quien amo. ¿Quién es él? Rob! El verdugo dió un rugido; fué donde Rob y le despidió. ¿Por qué me despedís, patrón? Porque eres un miserable: amas á mi hija. Pues, ya es tarde, patrón, Luey es madre. Rápidamente cogió el padre ofendido un machete de gran filo y la cabeza de Rob rodó por el suelo.

VIII.—Rob acabó de hablar; los demás notaron mi presencia y comenzaron á cuchichear entre sí:—¿Quién es el que habla con Rob? Por fin la ramera me dijo resultamente: Eh! amigo ¿quién sois? Hola, Julia ¿no me reconocéis? yo soy el que sujetó los piés para que el viejo Kuffman os pusiera la piedra infernal; hola, Moor no os acordais de mí cuando pataleábais en la cama Nº 320 en el acceso de epilepsia. Pues sabedlo soy Henry, el estudiante, ¡soy un vivo!

IX.—Al saber que yo estaba vivo una irritación grande se apoderó de los muertos. Rob mismo se puso furioso. Los ojos del viejo fulguraron y sus puños cerrados se contrajeron rabiosamente; la ramera avanzó hacia mí y de su seno salió como una bocanada de pestilencia: ¡Pronto serás también un muerto!—exclamó y avanzaron todos con las manos erizadas para estrangularme ....Sólo uno se quedó acurrucado en un rincón de la carreta. Era Pierrot, el mismísimo Pierrot el de la cara enharinada, el de los saltos mortales en el circo, el de los pantalones bombachos y listados, el de las carcajadas estúpidas y las manos en los bolsillos, era el Pierrot de las pasadas y burlas de chiste barato y popular que había muerto desnucado......... No se movió para ofenderme, pero se reía desaforadamente de mí; me guiñaba y hacía muecas, haciendo bailar como un trompo su sombrero cónico en la punta de una nariz gorda teñida de rojo. Se reía, se reía á corcajadas locas.

V.—Ya iban á extrangular cuando se detuvo el carreton y los portalones se abrieron. Estabamos en puerta del cementerio. En una brusca inundación de luz penetraron los rayos de la Luna, mi pálida novia. Como una esposa joven y nerviosa que entra corriendo y desaforada en la prisión en que há meses está el amado de su alma, así los rayos de la Luna se precipitaron en el carretón me rodearon y enlazaron con amantes abrazos y cubrieron mi frente de besos de luz cuyos suaves chasquidos tan solo yo escuchaba. Oh, mi Luna me amaba todavía, no me olvidaba y sus besos más dulces y azules los reservaba para mí.

XI.—Al abrirse los portalones, los muertos se detubieron y volvieron rápidamente á la postura en que estaban. Sólo Pierrot, ese maldito Pierrot, continuaba riéndose estúpidamente . . . . Mas de pronto se puso excesivamente pálido, más que pálido verde, su cara se contrajo horriblemente, quizo hacerme una mueca burlesca pero hizo un gesto de rabia y dos lágrimas gordas rodaron por sus mejillas destiñendo la harina ¡Pobre Pierrot! El tambien estaba enamorado de la Luna mi amada. . . . . .

XII.—Entonces me levanté bruscamente y los carreteros al verme de pie se desmayaron—¡Buenas noches, señores!—dije á los muertos, con acento burlón.—¡Maldito seas!—respondieron en coro . . . . Sólo Pierrot, ocupado en llorar desdenes, no me dijo nada. Paso entre paso, en dulcísimo coloquio con mi novia, llegué á mi casa. Abrí las ventanas que desde mi cama me permitían ver el cielo y me acosté . . . . . El resto de esa noche dormí con mi novia. . . . . .

XIII.—Al despertar me dolía la cabeza espantosamente y tenía en la boca un olor muy fuerte á ajenjo.

CLEMENTE PALMA.

Lima.—1894.

RIMA

A M. GUTIÉRREZ NÁJERA

Cada vez que contemplo en las flores,
las nítidas perlas
De rocío, me siento con ansias
de ir á beberlas;

Pues yo creo que vienen de noche
las almas aquellas,
Que, enfermas de amor, para siempre
dejaron la tierra.

Y que, luego, á las púdicas flores
suspirando llegan,
Y, besando las frescas corolas,
en llanto se sueltan....

Cuando ya en el Oriente aparece
la aurora risueña,
Esas almas, á ignotos lugares,
muy rápidas vuelan,
En los pétalos tiernos dejando
sus lágrimas bellas....

ANTONIO SOLÓRZANO.

1891

Rojo para los labios.

(ARREGLADO PARA "EL FIGARO")

En la alcoba malva y celeste, afelpada, llena de encajes y sedas, adornada de cintas, bajo la luz vacilante de una lámpara de cristal rosado, ella, la hermosa yace sobre el lecho, empapada en su sangre, con un puñal en el pecho, hundido hasta el mango.

¿Quién pudo asesinarla, tan joven y tan bella? .....Quién no tuvo piedad de sus largos cabellos rubios, de su diminuta boca y de ese seno firme y fresco como un lirio? .....

Oh! Nadie se hubiera atrevido á matar á esa adorable mujer! Es ella misma quien se ha herido.

Engañada y abandonada, ha despreciado la vida, y sin la menor vacilación, sin que le temblara la mano, esta delicada mundana, toda frivolidad y todo nervio, tuvo el suficiente valor de hundir la punta del acero en su carne, en aquella carne solamente acardenalada por la mordedura tierna de los besos! ......

Ahora ya está muerta, ó más bien, parece estarlo por la palidez de su frente y por lo descolorido que están sus labios.

Sinembargo, se ha estremecido; derepente, se endereza......y en sus ojos, que ha vuelto á abrir, hay admiración y gran cólera.

¡Cómo!–¿Vive todavía?....¿El puñal, entonces, no ha penetrado lo suficiente?....

Oh! Dejar de morir sería horrible! ....

Ella comprende que su herida es mortal. Si se ha enderezado, es en el supremo espasmo, pero va á volver á caer sobre la almohada y esta vez para siempre.

Tanto mejor. Pero da una última mirada y se contempla en el espejo de la alcoba.

—¡Vaya!....¡Qué fea estoy en el momento de entregar el alma!.... Lo más horrible sobre todo, son los labios tan pálidos, tan tristemente pálidos........

Piensa que dentro de un momento entrará gente en el cuarto, que la verán no muy bonita, muy diferente de aquélla, que en el bosque y en los bailes, fué siempre de las primeras.

Y ya el postrer suspiro le sube del pecho!..... Ya todo se acabó!....... Se muere!......

Pero en la fresca sangre de su herida moja uno de sus dedos, lo pasa temblando por sus labios, una vez, otra vez, y otra todavía, sonríe á su imagen y cae sobre la almohada, muerta, rígida, ¡pero con los labios rojos!........

CATULLE MENDÉS.

EN EL TEMPLO

(RAFAELINA)

Para "El Figaro"

Las bujías de cera coloreada,
las efigies de busto primoroso,
los ropajes de corte caprichoso,
las flores de vitela sonrosada;

Los ensueños de vírgen extasiada,
los sones de *melodium* salmodioso,
y las ondas de incienso disfumoso,
esplenden só la nave decorada....

El fraile, desde el púlpito sagrado,
vibra el verbo divino y prepotente,
fulminador de todo lo humanado;

Y, náufrago de amor, desfalleciente,
halla mi pobre espíritu angustiado,
tabla de salvación tras de su frente.

JOSÉ FIANSÓN.

Lima, agosto de 1894.

EDDA

Tanto has querido, amiga mía, que te diga lo que significa para mí esta palabra *Edda*, que al fin voy á decírtelo.

Es un nombre.
Es una mujer en un templo: alta, pálida, triste, vestida de negro; las manos juntas sobre el pecho, blancas como un fresco ramo de jazmines; una expresión indefinible en el semblante, una oración trémula en los labios, un rayo de sol sobre la frente.
(En el altar, la hostia inmaculada resplandecía en las manos del Ministro de Dios.)

*

Edda significa una lucha.
La pasión violentísima en mi pecho; el frío de los sepulcros en su corazón. El anhelo contra la indiferencia. La ola contra la roca endurecida. ¡Y el triunfo del capricho del amor sobre los caprichos del destino!

*

Edda es gloria.
Mi gloria más grande y más pura. Es un idilio: el campo, las flores, los gorjeos, la fuente: "la amada y el amado"; las frases empezadas y casi nunca concluídas; el fuego del amor en las pupilas húmedas; la absorción de dos almas en una mirada llena de infinita ternura. Los sueños, las esperanzas, el porvenir.

*

Un beso.

*

Y todos esos detalles que hacen tan hermosa la vida á los veinte años: pequeñas sombras seguidas de explosiones de luz: dudas que llegan, se están un momento en el alma, y luego se van; inquietud y temor, nacidos del egoísmo del cariño; tormentas del corazón que se disipan al leve fulgor de una sonrisa.

*

Edda!
Un templo otra vez: la majestuosa solemnidad, ante la cual el alma se siente conturbada; el altar, los cirios que chispean, el viejo sacerdote. Allá abajo, en la nave, la larga fila de amigos que presencian con religioso respeto la grave ceremonia. Junto á mí, Edda. Vestida de blanco, con el mismo traje con que la ví adornada en mis sueños de amor: las galas de la novia: el velo casi impalpable que noalcanza á ocultar la faz angélica; los azahares níveos sobre la casta frente.... ¡Ah, pero sus manos cruzadas sobre el pecho, blancas como un fresco ramo de jazmines, no tenían calor; en sus labios estaba una sonrisa, pero estaba dormida, y sus hermosos ojos ya no me veían!—Al salir del templo la esperarían abiertas las puertas del hogar—¡ay, ya no, jamás!—las puertas del sepulcro!—Clavaron la caja; ¡cómo resonaban en mi alma los golpes del martillo! Después se la llevaron. ¡A mí no me dejaron ir!

*

Edda es una tumba.
Cuando yo vuelva, ya no he de hallar las flores que al rededor sembré. Ahora nadie irá á acompañarla en su espantosa soledad.
Y en la marmórea lápida, nadie pondrá coronas de siemprevivas y de madreselvas.

*

Edda es un recuerdo!

ERICO

A Patria Tió

(Para su album)

Sin conocerte, gentil cubanita, princesa tropical, te admiro. Columbré tu adorable silueta, por vez primera, á través del bordado tenue y rico de unas sonoras estrofas de tu Lola, "el ruiseñor de las islas blancas". Te quise. Más! Te amé como hija de una amiga sensible, á quién tanto admiro y á quién tanto estimo.

Bello nombre el que llevas, niña hermosa! Patria!—Eso es. Un nombre harmonioso, que llega hasta el alma. Patria!—¿Sábes tu cómo se ama el pedazo de tierra en que se ve, por vez primera, la luz del Sol?—Pregúntaselo á tu madre! Pregúntale á Lola, cómo es de azul el cielo de Puerto Rico y cómo es de diáfano; cómo son tan verdes y tupidos los árboles de esos bosques; cómo es más melodioso el canto de los ruiseñores borinquenses, á quienes ella, arrebató algo de sus harmonías para sus versos triunfales.

Recibe, niña mía, gentil cubanita, por estas líneas el pleito homenaje que rindo á tu belleza y el tributo de mi cariño verdadero.

ARTURO A. AMBROGI

San Salvador, Octubre de 1894.

DE CAPA Y ESPADA

El chico venía á buen paso, por medio de la calle para andar más de prisa, sin importarle un comino los cantos del empedrado que se le clavaban cruelmente en los descalzos piés, sin dejar de atisbar el piso en busca de colillas, por la fuerza de la costumbre, y enterándose de una sola ojeada, con esa rapidísima mirada del hijo del arroyo, de cuanto encontraba en su camino. El reboque de esta fachada, la restauración de aquella tienda, el muchacho que mostraba en la mano las revistas ilustradas, enseñando gratis las caricaturas, el chalán que atravesaba en su caballo saltarín, el pelotón de tropa que iba á relevar una guardia,

el ciego de las coplas sentado al borde de la acera, nada escapaba á las sagaces pupilas del granuja, que no por eso detenía su marcha contentándose con clavar, un instante los ojos, en cuanto le llamaba la atención; conocíasele que llevaba tasado el tiempo; el montón de pingos de su persona, tenía alguna urgencia que realizar, algo que hacer.

De pronto se para; á mano izquierda, en una calleja solitaria por donde no pasaba nadie, oyó unos gritos de niña; la muchacha gemía an argamente y se quejaba pidiendo auxilio; el granuja se detuvo á pesar de su prisa, miró, y lo que vió excitóle de tal manera la atención, que hasta se le olvidó echar mano á una colilla que acababa de descubrir. Allá, en el fondo de la calle, una jovencita no muy lejana á los doce años, vestida con una faldilla de percal más que raída, derramaba abundante llanto, ocultándose con las manos el rostro; un pelafustán poco mayor que su compañera, delgaducho y débil, en mangas de camisa, teníale acorralada, cortándole la huida y la solfeaba de lo lindo; en los aspectos de los mocitos y en lo descuidado y mísero de su ropa, adivinábase que pertenecían á alguna de las humildes familias jornaleras, alojadas allí mismo en las próximas casas de vecindad. El la apostrofaba á ella; decíale á grandes voces: "Toma pa que hables con el monigote de Pepete;" y ella, sin responderle, lloraba hilo á hilo privada de toda acción; nadie transitaba en tal momento por aquel apartado lugar; diríase que la calleja se encontraba enclavada en un desierto, y sin embargo, al lado se deslizaba estruendosa y alborotada una gran vía de moderna y populosa población.

El granuja no pudo contenerse; casi á la carrera, con el corazón rebozando de ira, murmurando las más crudas blasfemias, se entró por la calleja, en dos saltos se plantó junto á los chicos, y cogiéndole á él de un brazo, con unos dedos que se clavaban en la carne, le apartó de un tirón, dejando el paso libre á la muchacha. La niña miró con ojos de dulce gratitud á su libertador; era una rubia muy interesante; luego, por instinto, aprovechando el auxilio, escabulló sin desplegar los labios, escapando con una rapidez que revelaba su gran miedo. El cruel rapazuelo á su vez se volvió sorprendido, estupefacto de la em bestida, y miró al intruso, que le clavaba sus ojos de hito en hito como desafiándole; el granuja esperaba la agresión, pero la agresión no surgió; el cobarde mozo no se atrevió con quien podía sostenerle los humos; el inesperado mediador revelaba tales ánimos, que la prudencia aconsejaba poner pies en polvorosa. Entonces el granuja consideró con supremo desdén á su adversario; dejando caer una por una sus palabras, exclamó lentamente:

—Merecías que te saltara las muelas, pa que no se te olvide que un caballero no debe pegar nunca á una mujer, pero eres un gallina y no quiero ensuciarme los dedos......

Y el montón de pingos volvió la espalda con airosa dignidad de un héroe de la edad media que sale á la defensa de su dama; con reposo, por si el otro se arrepentía, anduvo la calle, y advirtiendo que el contrincante se quedaba hecho una estátua, sin atreverse á mover, se inclinó á recojer la colilla que antes había visto y continuó su camino al galope con la misma naturalidad que antes de la ocurrencia.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Madrid.

Juventino Rosas

BOHEMIO, lírico soñador, hermano; hoy, cuando tu recuerdo, como una ave blanca, ha venido agitando su haz de notas dolientes y melancólicas, á anidarse en mi alma, me han dicho que tú has muerto, que de tí sólo queda ese mismo recuerdo grande y triste, y notas y lágrimas, harmonías y duelos, se han confundido, para formar y elevar á tu espíritu, errante heraldo del ensueño, la plegaria eterna, la sacra oración de los vencidos.

Tus despojos, tus fríos despojos, pobre mago, yacen en tierra de Cuba, tú así lo anhelabas, y el Destino, perseguidor amante de la vida, ha satisfecho tus deseos; mientras descansas de la árida jornada de tu dolorosa existencia, las palmas unirán tu nombre á sus murmullos, las brisas gemirán tu eterna ausencia: allá, tras el mar, en tu patria, el Orizaba, soberbio emperador de diadema alba, gigante blanco, ha enlutado su frente y ha tendido su palio de celajes sombríos. Descansa.

Tus frases, aquellas frases heladas por el hálito del desencanto, del más terrible de los desencantos, el que se complace en minar almas jóvenes como la tuya, aun vibran con dejos de infinita tristeza en mis odios: "*Escucha hermano*—me decías—*cuando oigas hablar de mi muerte, cuando sepas que Juventino Rosas no llorará nunca más, escribe algo sobre mi cadáver, algo del pobre amigo,*" y hoy, cumplo mi promesa, pero no sé más que llorar y deshojar pálidas margaritas, mi ofrenda, en la tierra en que duermes; perdóname.

Existen raros goces en el sufrimiento, como en el dolor de los recuerdos existen dulces melancolías; cuando roncas borrascas laceran nuestro espíritu, cuando amargas y sombrías tempestades se sacian en destruir las fibras más exquisitamente sensibles de nuestra alma, la memoria de épocas más halagüeñas, de instantes menos cruentos, es un dolor, pero un dolor atenuado por suaves satisfacciones, por tristes vaguedades; por eso yo, al llorar tu eterna despedida, la despedida de tu viaje triunfal por los senderos áureos de la gloria, á tu país adorado, el Sinaí espiritual de todos tus ensueños, de todas tus místicas aspiraciones, tu patria azul, anestesio mis crueles amarguras, mis negras tristezas, las tristezas de los que se quedan, con el bálsamo ideal que trae á mis pesares la evocación de tu sombra, de tus ritmos, de tus lágrimas.

Y hoy, al evocarlos, esperimento las mismas sensaciones, los mismos sacudimentos de espíritu,

que al oir los hondos gemidos arrancados á las cuerdas por tu alma de artista, en aquellos momentos de acariciadora melancolía ideal, esfumándose en la pálida melancolía del alba.

Junto al mar, sobre la arena gris y aun bruñida con reflejos metálicos por los últimos rayos de una luna dolorosamente fría que, importunado pcr el primer destello de la mañana va cerrando la pupila glacial en el ocaso, mientras el Dios Sol al enviar como lujosos emisarios los tenues fulgores aurorales, dora suavemente, suavemente, el temblador esmalte de las ondas, cuando Alba, la rosada princesa, descorre su velo de virgen forjado de brumas sutiles, y colma de vagos ensueños, de nostálgicas reminiscencias el alma cansada de los tristes bohemios; entonces, bien lo recuerdo, hacías surgir en la gama brillante de tus ritmos, en los fascinantes trémolos de tu violín, ave neurótica de nervios sonoros y vibrantes que canta y que llora, todos los sueños, todas las quejas, todos los ayes, tadas las remembrazas de tu pasado glorioso y doliente, confundiendo á las tenuidades del crepúsculo matutino, amores gigantes, perdones y odios, secretas alegrías y hondas tristezas, y agoviado por inmensos pesares, todo tembloroso y artista, fascinado por mágicas alucinaciones, lanzabas en el raudal de tus lágrimas la aterradora protesta á todo lo humano y la sollozante invocación á la muerte, á lo eterno, al reino sin límites.

¡Pobre hermano mío! En la sublime y gemidora poesía de tus creaciones, flotan, como un aroma vago, los abrumantes dolores de los seres infelices, de las existencias minadas por los ensueños anémicos, tú has sabido, errante y solitario, hacer gemir en tus collares de notas, los suspiros lánguidos exhalados por vírgenes moribundas en esas mismas soledades que han rodeado tu alma de poeta, las olas al rimar sus baladas en noches eternas, á la lumbre argentada de las estrellas, te han dado sus melodías, y tú, príncipe artista, has rimado todas esas melodías, todos esos dolores, con pedazos de tu espíritu.

Yo no te veré ya jamás, volveré á soñar escuchándote junto al mar arrancar harmonías del cielo á tu adorado violín, mientras me narrabas la amarga historia de tus desgracias, pero como en tus lágrimas, en aquellos momentos se unían todas las pasiones elevadas, en mis lágrimas, que dejo caer en estas lineas, pálido tributo á tu memoria, se unen todos los dolores, todos los sentimientos, todos los anhelos, para formar á tu espíritu una plegaria.

¡Descansa, Bohemio, lírico soñador, hermano mío!

FEDERICO UHRBACH.

Habana, julio 13—94

Leconte de Lisle

SU ENTIERRO.

Como nuestros lectores saben ya, el gran poeta Leconte de Lisle dejó de existir á fines del mes de julio próximo pasado. Su muerte es altamente sentida por los círculos literarios de Francia y por todos los que leyeron sus poesías esculturales. Murió á los setenta y cuatro años de edad, en París, casi desconocido, él, que es una de las glorias francesas.

Sus funerales fueron magnificos, apesar de no haber en ellos aglomeraciones de gente ni ruidosas demostraciones. Fué un entierro selecto al que concurierón casi todos los escritores franceses residentes en la "gran capital del arte".

El cadáver fué colocado bajo el pórtico de la Iglesia de San Sulpicio, mientras la hora de la ceremonia se llegába.

A las doce en punto las grandes puertas del templo se abrieron y fué entrado el ataúd y colocado sobre un catafalco sencillo. Entónces comenzó la ceremonia. Sobre el ataúd se colocaron un sin número de coronas, de las cuales muchasde ellas llevaban tarjetas de ilustres maestros y de varias ciudades del país.

A la derecha del ataúd se colocarón: Emilio Zola, León Drieux, Catulle Mendés y Alberto Mérat, y á la izquierda, los académicos.

Entre los concurrentes se encontraron: Brunetiere, Arago, Lairsse, Greárd, Armand Silvestre Richepin, Bejamin Constant, José María de Herredia, Drumont, Maurise Barrás, Challemel Lecour, Meilakc, el editor Alfonso Lamerre, Mad. Judith Gautier, Mad. Julliete Adams, Mad. Rouseil. Entre los escritores americanos, estaban: Luis Bonafoux, Enrique Gómez Carrillo y Miguel Eduardo Pardo.

Presidió el duelo Leconte de Lisle, sobrino del gran poeta.

Una compañía del 13º regimiento de línea hizo los honores al miembro de la Legión de Honor

La procesión fúnebre salió de San Sulpicio y se dirigió al Cementerio de Montparnase. Formábanle cortejo al carro fúnebre, un grupo selecto entre el cual iba Mr. Oliverio de Taigny, representante del Presidente de la República, Casimire Perier.

Llevaban las cuatro cintas del ataúd: Sully Prudhomme, Leygues, Enry Houssaye y Gastón Boussier.

Se pronunciaron tres discursos en el cementerio: por Laygues, Ministro de Instrucción Pública, por Gustave Borissier, en nombre de la Academia Francesa, de que el finado era miembro, y al final, José María de Heredia, en nombre de los amigos, discípulos y compatriotas de Leconte de Lisle.

Al concluir la ceremonia, el Ministro de Instrucción Publica se dirigió á casa de la viuda del ilustre poeta para mostrarle el sentimiento de la República Francesa por la muerte del artista glorioso y á entregarle un título de renta y que era el total de pensión de su marido, como antiguo bibliotecario del Senado, y que el Gobierno decidió seguirle pagando

---

Imprenta Nacional